

Pensar la Modernidad

Primavera 2025 / 4º Entrega

Recuerdo de Ezequiel Martínez Estrada

*Fragmento de la entrevista realizada por **Emilio A. Stevanovitch** en 1964 y
reproducida en el diario *La Razón* del 30 de diciembre de 1984*

La entrevista tiene lugar en un café, algo alejado del centro, en su “refugiante” Bahía Blanca, “gris y lúgubre como puedo serlo yo”. El rostro es delgado, apergaminado; los ojos, cual incisiones en la piel, desde cuyos resquicios observa, silencioso; la frente ancha, “soy de aquellos calvos cuyo perfil tiene aún ciertas zonas pelíferas por ofrecer”; las manos transparentes casi parecen flotar dentro de un saco que, cierta vez, fue ajustado. El gesto es parco, la voz baja y clara, la sonrisa infrecuente pero cálida. Una enfermedad cruel lo ha ido carcomiendo lenta y metódicamente. No importa. El que habla es un triunfador, pese a innúmeros “parricidas”, a crueles acusaciones de desertor, a seudo-descubridores de una Argentina sociológica y *best seller* que, medio siglo antes, él había oteado con mayor agudeza aunque, claro, en ediciones harto limitadas y sin ningún provecho financiero.

-Cuando fui poeta, sin interesarme por la vida de mi patria, obtuve satisfacciones de toda suerte. A los 34 años era lo que suele llamarse una figura galardonada. Después, al empezar a inquirir sobre cómo somos, súbitamente se me cerraron todas las puertas. Y pasé a ser un hereje, un falsario, un degradado... ¿Y qué decir de mi viaje a La Habana? Ocurre que en La Habana yo era alguien bien visto, bien remunerado, con o sin política. Aquí había llegado al preclaro estado de haberme agostado durante treinta años en un oscuro empleo de Correos cuya atención compartía con la enseñanza en un colegio secundario de La Plata. En La Habana me sentía querido, aquí olvidado.

-¿Lecturas?

-Le sorprenderán. Últimamente releo asiduamente *El diario de Ana Frank*. Y retorno a prístinas fuentes: Zola, Flaubert, Dostoyevski, Kafka, Gorki, Martí, Lugones,

Sarmiento, Quiroga, Henríquez Ureña, siempre Balzac. Y clásicos más clásicos como Sófocles y Eurípides. Sin olvidar a Shakespeare, el historiador más fiel de todos los escritores documentales juntos. Ni a mis viejos y entrañables Mozart y Vivaldi que nunca me abandonan.

Se levanta un momento para saludar a alguien conocido. Que es cuando me apercibo que ese gigante es apenas de mediana estatura, apoyado sobre piernas ya débiles.

-¿Consejos?

-Pocos. Quizá leerse a uno mismo. Que es la mejor forma de conocer un escritor. Lo somos casi todos. Aunque muy pocos lo saben. Ocurre que preferimos ponernos frente a un espejo y decir *cheese* antes que sumergirnos en un baño que pueda revelar aspectos desagradables de nuestro propio ser. ¿Acaso no lo dijo Chéjov? “Nuestro enemigo más cruel es nuestra propia persona cuando pretendemos ignorarla”. Aunque también opinó en forma parecida Romain Rolland.

Carraspeo. Lento entrecruzar de piernas. Pausa. Sonrisa tristona a guisa de descubrimiento.

-¿Se da cuenta de lo que hubiera sido una charla entre Chéjov y Rolland? Espere. Agregue otro consejito. El autor habrá de escribir lo que siente, mojando la pluma en una diaria cuota de sangre aunque después sea concienzudamente vilipendiado. Le quedará la inmensa satisfacción de haber dicho la verdad. Para mayor abundamiento, lea.

Dedos como radiografía me acercan un recorte “que recibí ayer de un diario mexicano. Utilizó en su editorial lo que dije cierta vez, relacionándolo ahora con la muerte de un poeta”.

-“*Yo espero que, algún día, si el mundo es destruido por la ciega codicia de los plutócratas o los tecnólogos, espero que algún día, repito, mi obra sea leída y juzgada con equidad, ante todo como la producción de un artista y un pensador*”.

Le recuerdo a Martínez Estrada una de sus *Coplas de ciego* y deseo saber si continua siendo cierta.

-Más que nunca. Cuando dije *“Existen la fantasía,/ la pasión y la belleza./ El resto es mitología”* sólo expresé una profunda creencia. La fantasía del poeta, la pasión del político, llámense Ghandi –creer es también poesía- o Lisandro de la Torre, la belleza de una página literaria, musical o, simplemente, de una rosa como le gustaba a Gertrude Stein, son las únicas verdades. ¿Cree usted que este mundo en el cual vivimos tiene, por decencia, el derecho a llamarse tal? ¿O que nosotros, un siglo y medio después de haber nacido, podamos pretender disculpar nuestras barbaridades diciendo que somos un país joven? ¿A qué edad se deja de ser joven?

Llega un amigo a buscarlo. Don Ezequiel se desenrosca, me tiende una frágil cuan sincera diestra.

-Vino mi bastón, lo dejo. Y ya que es catedrático, recuerde usted que los estudiantes son las páginas más hermosas de nuestra historia. Aunque no lo sepan, por estar demasiado ocupados en política para saberlo.

Se aleja mi entrevistado. Fue la única vez que lo vi. Y debe haber sido la presente una de las últimas “confidencias públicas” que brindó. Por ínfimos más bellos minutos en el légamo ambiente de nuestro culturómetro.

Ayer, fines de octubre de 1964. Vísperas de un 3 de noviembre que, a veinte años luz, pareciera molestar en la evocación. El mismo día en que se apagaba tan argentino dedo acusador, se producía en la provincia de Tucumán un altercado entre cantantes *nuevaoleros*, jóvenes elementos locales y la policía. Nuestra prensa dedicó diecisiete páginas al hecho y ocho a la desaparición del Goliath de la Pampa. El consuelo a esa apabullante situación había llegado semanas antes en la forma de una afectuosa y admirativa misiva:

“Mi querido profeta iracundo. En esta tierra que es la suya y la mía, sepa usted que hay gentes que le quieren. Las que lo recuerdan al mirar un nido de horneros en una cornisa o en un poste de alambrado, o cuando se sientan a la sombra de un ombú, que no es maléfica como usted asegura (a menos que yo haya conseguido exorcizar a los dos míos o que sean casos excepcionales de ombúes benignos). No pida la gloria del olvido: no la conseguirá. Suya, Victoria Ocampo”.

¿O sí?